

Avanzar hacia la ciudad educadora

Marina Subirats i Martori
Concejala de Educación del
Ayuntamiento de Barcelona

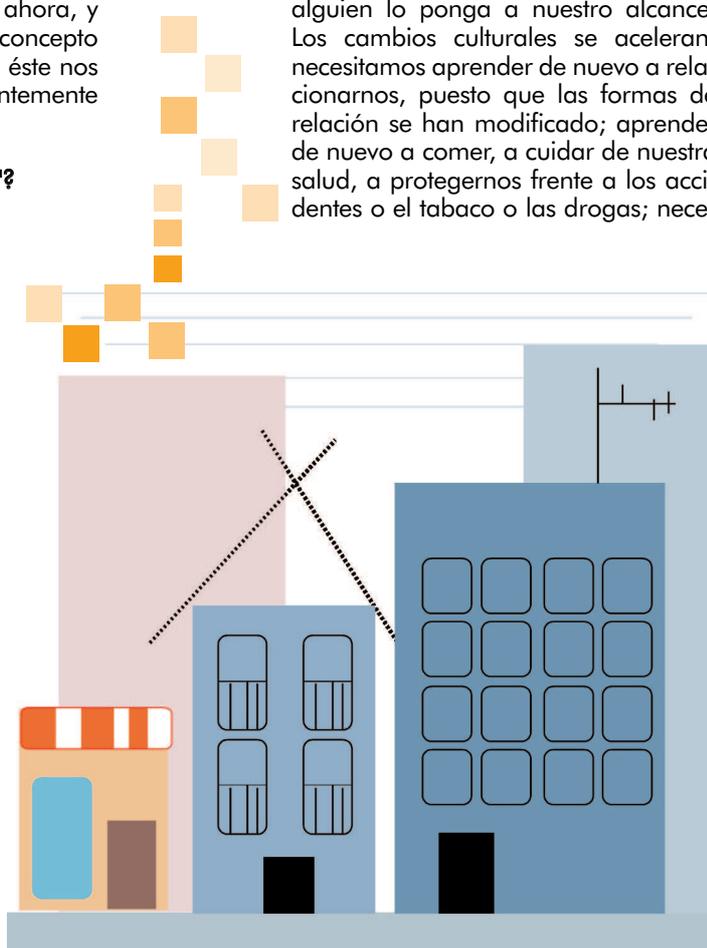
El concepto de "ciudad educadora", propuesto inicialmente en un congreso en Barcelona organizado hacia 1990, abrió un abanico amplio de posibilidades de acción, que, desde entonces, están siendo exploradas por las ciudades que forman parte de la Asociación Internacional de Ciudades Educadoras y se concretan en múltiples ejemplos. Sin embargo, todavía hoy, quince años después de aquel comienzo, considero que los horizontes que plantea pueden dar mucho más juego del que hemos conseguido hasta ahora, y que, en este sentido, se trata más de un concepto de futuro, útil para resolver los retos que éste nos plantea, que de una realidad suficientemente desarrollada en el presente.

¿Qué es hoy "ciudades educadoras"?

Formalmente, una estructura muy simple, una asociación en la que participan unas trescientas ciudades de diversos lugares del planeta, grandes o pequeñas, ricas o pobres. Cada dos años se reúnen en un congreso internacional y lo único que comparten es el acuerdo sobre la Carta de Ciudades Educadoras, un breve documento, renovado en el año 2004, que establece una serie de principios de carácter democrático. Un comité ejecutivo formado por once ciudades se reúne periódicamente para organizar los congresos y analizar la marcha de la asociación. Eso es todo. Las ciudades pertenecientes a la asociación tienen el derecho de actuar como les parezca oportuno, dado que, por su carácter experimental, no existen principios cerrados ni fórmulas establecidas, sino un intercambio de buenas prácticas y una puesta en común de objetivos y soluciones empleadas por las diversas ciudades.

¿Qué se proponen las ciudades educadoras?

Obviamente, ofrecer y asegurar la educación a sus ciudadanos y ciudadanas. Pero no sólo la educación formal y escolar, sino la educación en un sentido amplio. Desde el principio la idea de ciudad educadora ha desbordado la acción escolar, aunque, evidentemente, no la rechace. En nuestra sociedad la educación no puede concebirse ya como algo propio de la niñez y la juventud, sino que cada vez es más urgente comprender que estamos en un proceso de aprendizaje continuo, y por lo tanto necesitamos continuamente que alguien ordene este aprendizaje, que alguien lo ponga a nuestro alcance. Los cambios culturales se aceleran: necesitamos aprender de nuevo a relacionarnos, puesto que las formas de relación se han modificado; aprender de nuevo a comer, a cuidar de nuestra salud, a protegernos frente a los accidentes o el tabaco o las drogas; necesi-



sitamos poner al día nuestros conocimientos profesionales, aprender a actuar como ciudadanos y ciudadanas, participar en las decisiones políticas. Y tantas otras cosas. Son retos que de continuo nos propone nuestra forma de vida, mucho más abierta y llena de posibilidades que las vidas que tuvieron nuestros antepasados, pero por esto mismo mucho más azarosas, carentes de prejuicios, de caminos trazados. Vidas abiertas a la exploración, que exigen, por ello, que alguien ofrezca mapas, guías, para que esta exploración se haga con el equipo adecuado, evitando catástrofes.

¿Y quién sino la ciudad puede tener las respuestas adecuadas? La ciudad lo contiene todo, o casi todo. O tiene la manera de obtener aquello que no contiene directamente. Poner a la ciudad, a nuestra ciudad, al servicio de la educación de la ciudadanía es la manera de acercar a ésta al máximo de educación, al máximo de conocimiento y de experiencia que pueda obtener. Es ofrecer la experiencia acumulada por la historia, por aquellos y aquellas que habitaron antes que nosotros estas calles, estas viviendas, que crearon una cultura y un modo de estar en la vida, una identidad. Y poner a la vez el presente y el futuro, contrastados con el pasado, de modo que podamos, críticamente, saber en cada momento qué soluciones tomar, cómo decidir o avanzar, en las situaciones abiertas que se nos plantean.

Bien, dirá alguien, pero todo esto es muy general, muy abstracto.

■ ¿Qué puede hacer realmente una ciudad para convertirse en educadora?

Y mi respuesta es: tantas y tantas cosas que apenas damos abasto, que apenas hemos comenzado, como decía más arriba. Barcelona inició hace tiempo su camino de ciudad educadora. ¿En qué consiste su acción?

Primera cosa: en tratar de actuar transversalmente, con todas las personas y entidades que comparten la voluntad de educación, en la

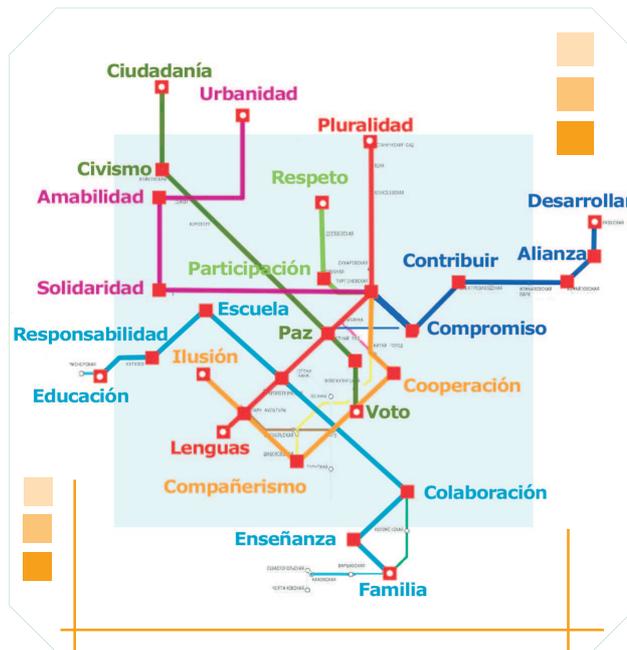
escuela y fuera de ella. Para ello utilizamos el concepto de "proyecto educativo de la ciudad de Barcelona", que, cada cuatro años, es revisado, establece unas prioridades de acción y unos encuentros anuales en los que se comparten los avances realizados en los distintos ámbitos. ¿Para hacer qué?

Una de las líneas de trabajo es la transición escuela-trabajo.

Trabajamos con los institutos de educación secundaria y con unas seiscientas empresas que pueden acogerlos en prácticas profesionales, darles trabajo, establecer el diálogo con los institutos, colaborar con el profesorado. En cuatro años han sido atendidos ya unos 6.000 estudiantes, en el llamado "Pla Jove". Estudiantes que estaban a punto de fracasar al término de la ESO y que, gracias a la orientación personalizada, han reemprendido sus estudios, o están

trabajando, o ambas cosas. Estudiantes a los que no hemos dejado fracasar, porque hemos movilizad recursos de la ciudad para que encontraran su camino en un momento difícil.

Otra de las líneas de trabajo es la del civismo. La constatación, hace dos años, de que se incrementaban los problemas de incivismo en la ciudad hizo que el Ayuntamiento iniciara un plan de civismo, en el que se pidió la colaboración de toda la población, las instituciones y entidades, los medios de comunicación. La respuesta fue muy positiva: aunque los cambios de actitud no son todavía suficientemente visibles, se ha producido una sensibilización de la población que constituye el inicio de un cambio cultural en la ciudad. La permisividad total, el individualismo a ultranza, ya no son convenientes, y hay que llevar a cabo una reflexión sobre la ciudad como lugar de todos y sobre los límites del comportamiento individual y el respeto a los demás. También sobre la capacidad de convencimiento y la necesidad de sanción. Barcelona, en este sentido, está desarrollando cada vez más su potencial educador, su voluntad de establecer una cultura propia, entendiendo cultura, en este

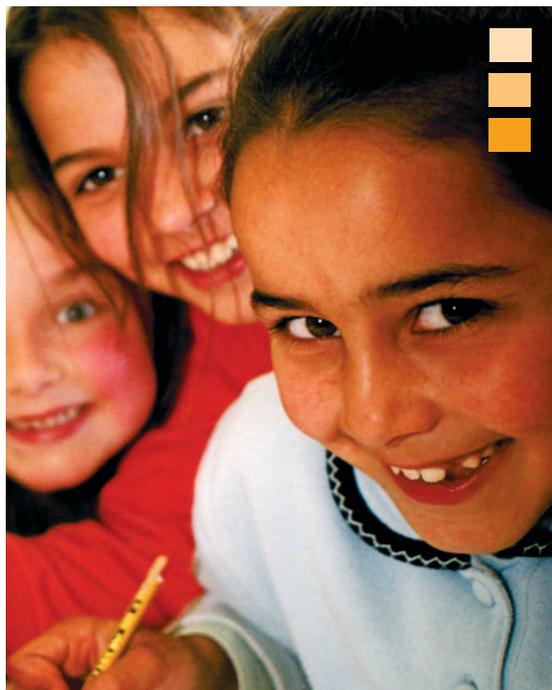


caso, como un conjunto de normas apropiadas y compartidas por su ciudadanía.

Y muchas otras cosas: el programa de actividades escolares, en el que colaboran 112 entidades de la ciudad para ofrecer a las escuelas visitas y formación de todo tipo a museos, zoo, empresas, entidades de servicios o de suministros urbanos, parques, bibliotecas, teatros, salas de conciertos. Hay que conocer una ciudad para amarla, para disfrutarla, y las niñas y niños necesitan conocer Barcelona, vivirla, recorrerla.

○ los caminos escolares, en los que participan comerciantes del barrio, escuelas, guardia urbana, distrito, familias, para hacer más fácil y seguro el acceso a las escuelas, peatonalizándolos cuando es posible, remodelando los entornos en todos los casos. ○ la campaña sobre nutrición y cocina, "Hoy cocino yo", en la que Ferrán Adrià ha colaborado con el Instituto Municipal de Educación para que los niños y niñas de las escuelas aprendan a comer bien y a cocinar, en lugar de comprar cualquier cosa preparada de la que desconocen los ingredientes. ○ las acciones relativas a la "agenda escolar 21", en la que cada año participan más centros educativos. ○ la Audiencia Pública, en la que estudiantes de secundaria preparan un tema y son recibidos por el alcalde y la corporación local para conocer sus opiniones. ○ el acuerdo con Barcelona Televisión para analizar y controlar los contenidos de los programas emitidos en horas infantiles.

¿Es fácil todo esto? Por supuesto que no. Exige ilusión, esfuerzo, un equipo competente y cohesionado y una cierta coraza frente a críticas, fracasos, negativas, malos entendidos. Cuanto más ambicioso es un programa, más arriesgado y expuesto al bombardeo. Por ejemplo, el programa de civismo, ya no dedicado sólo a las escuelas, sino a toda la ciudadanía, generó de inmediato críticas, primero en términos de "algo tan anticuado", más tarde tachado de "insuficiente" y, a medida que crece la exigencia de la población, considerado "un fracaso" porque no ha eliminado el incivismo, cuando es evidente que este es un largo camino, imposible de recorrer en dos años. Como toda acción desarrollada desde la administración pública, la de una ciudad educadora está sometida al desgaste de la crítica política y de



unos medios de comunicación más proclives a la denuncia que a la información. Ello no ayuda. Como ciudadana, estoy convencida de que los medios de comunicación han de ser independientes de la administración pública, y críticos con ella, pero desde una crítica realizada con fundamento, con análisis reales de las aportaciones, los desarrollos, los logros, los medios. De otro modo la acción política acaba teniendo demasiado en cuenta los efectos inmediatos, las coyunturas, los grupos de presión. Y todo ello no redundaría precisamente en la educación de la ciudadanía...

Aun así, debo decir que el trabajo realizado desde el proyecto educativo de Barcelona ha sido para mí uno de los más gratificantes en mi experiencia como concejala, precisamente porque aborda lo que considero como los mayores retos del momento actual: la educación a lo largo de la vida y en todos los ámbitos, la transversalidad y la cooperación entre diversas concejalías y también respecto de la sociedad civil, el aprovechamiento máximo de los recursos, y una visión profundamente democrática de la ciudad y la sociedad. Así que, al menos en mi balance personal, merece la pena.

